



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LOS ARMARIOS VACÍOS

MARIA JUDITE DE CARVALHO

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*J'ai conservé de faux trésors
dans des armoires vides.*

PAUL ÉLUARD

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Os armários vazios*

© Maria Isabel De Carvalho Tavares Rodrigues Alves Fraga, 2013
Published with special arrangements with The Ella Sher Literary Agency

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2023

© Errata naturae editores, 2023

c/ Sebastián Elcano 32

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-31-4

DEPÓSITO LEGAL: M-3978-2023

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE CUBIERTA: *04/10/22 Calculation II*,

© Tina Berning

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Fue un día de primavera que empezó y terminó como todos los demás, al menos en apariencia, diría ella, o más bien lo pensaría, era lo más natural; siempre fue de pocas palabras. Decía lo estrictamente necesario, concentrándolo en lo mínimo imprescindible, o bien empezaba a decir lo necesario y enseguida se cansaba, se detenía a medio camino, pareciera que de pronto reparara en que no merecía la pena continuar, en que era un esfuerzo inútil. Entonces se quedaba callada, inexpresiva, vacilante en el borde de las reticencias como alguien a la orilla del agua en invierno; en esos instantes el brillo de su mirada se apagaba, era como si un papel secante lo hubiera absorbido, quizá aún sea así, no lo sé, no he vuelto a verla. Tardé mucho tiempo en comprender que aquellos desvanecimientos —es lo que eran— la remitían invariablemente al mismo lugar, o más bien a la misma persona, a la misma imagen deteriorada de una persona, porque, ya lo he dicho, no era una

mujer dada a confesiones. Las palabras no le servían para aclarar sus pensamientos, para pulirlos o disimularlos. Al contrario de lo que hace más o menos todo el mundo, ella las empleaba, y sólo en última instancia, para expresar lo urgente (me refiero, claro está, a la etapa anterior a la fiesta que su hija Lisa dio para sus amigos; después, la cosa cambiaría). Y, cuando hablar era una necesidad apremiante, nada más acabar guardaba silencio (o se interrumpía a medias, como acabo de explicar), y entonces no sólo se le apagaba la mirada, sino que todo su cuerpo cedía levemente, igual que si lo desenchufaran de una corriente que, aun siendo de escaso voltaje, lo mantuviera activo, y se arrugaba de inmediato, olvidando de pronto su primitiva posición vertical. Cuando esto ocurría, se ausentaba, aunque nadie sabía dónde o con quién se encontraba. De hecho, nadie reparaba en ello, pues su semblante no delataba su marcha, tan sólo los ojos y las manos, pero ¿quién se fijaba en sus ojos, en sus manos entreabiertas en el regazo como caracolas muertas y abandonadas por el mar? A veces, estando con ella, me decía que quizá sería buena idea zarandearla o, mejor aún, radiografiarla, para comprobar si albergaba algo más que pulmones y aparato digestivo.

En la tienda también hablaba poco. Y no era un dechado de simpatía con los sucesivos empleados

que tuvo a su cargo. Ella lo sabía, como sabía también que la culpa, si es que podía hablarse de culpa, era suya y sólo suya. Siempre le costó dar el paso de acercarse a los demás, ya estuvieran por encima o por debajo de ella. Le daba vergüenza. Es cierto que en el pasado había dado incontables pasos para acercarse a mucha gente, pero habían sido pasos necesarios, por decirlo así, vitales. Sin ellos, ¿qué habría sido de ambas? Así pues, los dio sin dudar, sin permitirse ni un atisbo de duda fugaz, por más que se le encogiera el corazón.

Un día me habló de todo esto, sin entrar en detalles, y creo que lo hizo sólo para redimirse a sí misma y un poco a su hija también. Le preocupaba lo que pensarán los demás, y en concreto lo que pensara yo. Aquellos diez años de soledad voluntaria e involuntaria (había optado por una soledad ya existente, al fin y al cabo) habían contribuido en gran medida a que así fuera. Por un lado estaban Lisa y ella, y por el otro todos los demás. «Los demás» encarnaban el enemigo incapaz de proporcionar nada bueno y que probablemente acarrearía todo lo malo. «Los demás» eran para ella el jefe de su marido, que nunca estaba cuando lo buscaba («El señor Black se ha marchado hace un momento. No, hoy ya no volverá»; «El señor Black ha salido. No, no sé cuándo llega»; «El señor Black está reunido»); sus amigos, casi todos

desaparecidos de buenas a primeras (¿qué había sido de ellos?); sus compañeros de trabajo (los pocos que la habían ayudado, de corazón o a regañadientes); su suegra («Venga a casa con la niña, que donde comen tres comen cinco. Eso sí, con dinero no cuente, no puedo»).

«Dinero». Una palabra que oía por todas partes, a todas horas, incluso cuando dormía. La gente, «los demás», empezaban a quejarse antes de que ella abriera la boca, sólo tenía que aparecer con el abrigo desgastado, las medias a veces con carreras, el pelo descuidado. «Los demás» se deshacían en protestas antes de que ella expusiera su problema, el motivo de su visita. «No se hace una idea de lo mal que está todo, un auténtico horror. Fíjese que, bien mirado, bien pensado, de alguna manera ha sido una suerte que su marido no vea esto, un descalabro, un auténtico descalabro. Ayer mismo les decía a unos amigos: “Duarte Rosário en cierto modo fue afortunado. Con la de trabajadores que la empresa ha despedido, podría haberle tocado que lo pusieran en la calle”». Estaban los que abrían la billetera nada más verla, un poco agresivos, enarcando las cejas con cansancio, sin reparar en la sangre que le coloreaba las mejillas, en sus labios trémulos. El billete de cincuenta escudos le quemaba en las manos antes incluso de tocarlo, pero siempre lo aceptaba, ansiosa, no podía ser de otra

manera. Lisa tenía siete años y necesitaba una buena alimentación, ponerse inyecciones para el linfatismo. El billete iba siempre acompañado de una advertencia. «Mire, conmigo no cuente más. Si pudiera, de mil amores. Duarte y yo éramos muy amigos. Su marido fue uno de los pocos hombres íntegros que he conocido, quizá el único. Pero la verdad es que de un tiempo a esta parte está todo fatal. Hasta mi mujer, que la tienen que operar, ya ve». Y cuando no era la mujer, era el hijo, y cuando no era una operación física era una operación financiera, no sólo dolorosa sino catastrófica.

Ella, mientras, guardaba el billete, lamentaba las desgracias ajenas, con cordialidad, con cortesía, sabe Dios cuánto le costaba. Tan pronto como se hacía un silencio, decía:

—Tengo que encontrar trabajo como sea. ¿Sabe usted de algo? Si se entera...

Y una sonrisa iluminaba el semblante del otro, porque ella, sin pretenderlo, había dado pie al muy deseado punto final. El hombre se levantaba, sin dejar de sonreír.

—Si me entero de algo, la aviso de inmediato, no lo dude. ¿Su teléfono sigue siendo el...?

—Nos lo cortaron hace quince días.

—¡Vaya! —exclamaba. Un obstáculo más, aunque no insalvable. Lo vencía alegremente—: Pues le

escribo, usted no se preocupe, estese tranquila. La dirección sí es la misma, ¿verdad? —preguntaba con un ligero recelo.

—Sí, es la misma.

—Estupendo, estupendo.

Ambos se quedaban de pie, frente a frente, separados por un escritorio. Y él siempre la acompañaba a la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, como si una esperanza inmensa e invencible hubiera inundado su tierno corazón. Algunos introducían una nota realista, no se aferraban a términos puramente abstractos. «¿Qué aptitudes tiene?». Ella las enumeraba (no eran muchas), ellos meneaban un poco la cabeza, se compungían. «No va a ser fácil, Dora Rosário. Lo que abre puertas es el francés. Y el alemán, claro». Ella se encogía, se arrugaba, por decirlo de alguna manera. Nadie le había enseñado ninguna de esas lenguas bárbaras, ¿qué hacer? Estaban también los luchadores, los que le hacían sugerencias. ¿Por qué no consultaba los anuncios del periódico? ¿Por qué no daba clases? La enseñanza era una ocupación bonita para una mujer. Pero ¿clases de qué, si lo había olvidado todo, si tenía una memoria pésima para las cosas que no le interesaban, y lo que había estudiado no la había interesado lo suficiente?

También había personas de las que sólo cabía esperar comprensión y amistad que se habían pasado

al bando enemigo, paulatinamente o de la noche a la mañana. Amigas heredadas de su madre, amigas de sangre, otras (pocas) ganadas al albur de la vida. La habían acompañado, habían tratado de vencer la barrera de sus silencios y sus desvanecimientos. «Tu marido también es que... Ni unos ahorros, ni un seguro de vida, ¿cómo es posible? Hombres. Egoístas hasta la médula, ni los mejores se salvan. Con una hija chiquita, Dios mío...».

Ella, que sollozaba, que se enjugaba los ojos, que —por decirlo de alguna manera— se rendía a los brazos maternos del dolor y se relajaba un momento, compadeciéndose de sí misma, cayendo en cierta cursilería, de pronto se ponía muy tiesa, las vértebras se alineaban, los ojos apagados recobraban aquel brillo excesivo e incómodo que los hacía parecer animales con vida propia, dispuestos a abalanzarse, a morder, a despedazar al enemigo. «Duarte no pudo hacer más de lo que hizo, y no admito...», replicaba casi con ferocidad.

Aquella amiga heredada o adquirida no volvería, a Dora Rosário no le cabía duda. Un cadáver más, pensaba encogiéndose de hombros, uno más que añadir a la pila cada vez mayor de la fosa común. La mayoría se hacía el harakiri por sus propios medios, a otros era ella quien les daba el golpe de gracia. ¿Un alivio?, se preguntaba. Sí, un alivio, ¿por qué no? Y se encerraba

aún más en sí misma, en su hija y en el recuerdo de su marido. Tan sólo salía de casa para pedir dinero prestado, para pedir trabajo, para convencer al panadero o al tendero de que le fiara durante un tiempo más.

Hasta que un día, inesperadamente, le salió una buena colocación. La única amiga que le quedaba de los buenos tiempos (porque todo era relativo, y aquellos tiempos, el pasado, habían sido para ella los buenos tiempos), esa amiga, que se había mantenido entre ella y los demás, en una especie de línea fronteira, ya aquí, ya allá, pero sin atreverse nunca a hacer incursiones demasiado profundas en ninguno de los dos bandos, esa amiga apareció un día muy entusiasmada y con un trabajo en bandeja. Fue prácticamente así, en bandeja. Un pariente o amigo suyo, de esa amiga, Gabriela, tenía una casa de antigüedades e iba a mudarse al extranjero, en fin, porque no le quedaba más remedio. Ese hombre le había preguntado a Gabriela si conocía a alguien competente, podía ser incluso una mujer, siempre y cuando fuera una persona activa y de total confianza, claro está, capacitada para hacerse cargo de la tienda. Pagaba bien. Estaba, digamos, entre la espada y la pared. Gabriela le había dicho que conocía a la persona idónea, una amiga viuda, de esas para quienes la vida ha perdido todo su interés, y él la estaba esperando, a ella, Dora Rosário, en la calle de tal, número cual.

—Anda, aligera, ponte el abrigo —le dijo—. No, espérate, llévate el mío, que también es negro. —La sentó, le arregló el pelo, la obligó a cambiarse de medias, a ponerse su bolso, de *boxcalf*, comprado en París, Chez Henry à la Pensée—. Tienes que causarle buena impresión.

—Pero yo no sé nada de negocios, Gabriela. Ni de muebles antiguos. Odio los muebles antiguos. Me dan miedo. Me parecen tan ceremoniosos...

—Pues aprendes. Cuando cobres el primer sueldo, te compras un par de libros sobre el tema. Tú no eres tonta, aprendes enseguida. Ni se te ocurra decirle nada de eso, ¿me oyes?

Y así fue. Consiguió el empleo, compró libros, aprendió. Con los años, ganó suficiente dinero para matricular a su hija en un colegio para niñas ricas y también en una academia de *ballet*. Más adelante, contrató para ella a una profesora inglesa y otra alemana que iban a casa en días alternos, todo bajo la mirada entre suspicaz y reticente de su suegra, la mirada de quien en su lugar habría hecho las cosas de otra manera. Sin embargo, esta vida de repente cómoda no pulió las aristas, no mezcló el aceite y el vinagre. Su hija y ella seguían estando a un lado, y el resto de la gente a otro. Había dos únicas excepciones: Gabriela, a quien le debía todo, y la tía de Duarte, Júlia. Yo no me incluyo. Mi caso es diferente. Habíamos dejado

de vernos hacía mucho, y sólo el azar nos pondría de nuevo frente a frente en una calle del Chiado. Yo, por lo tanto, no sabía nada de su vida de casada. La había conocido de soltera y cuando nos reencontramos ya era viuda.

Antaño había mujeres que se encerraban a cal y canto para siempre cuando morían sus maridos. Algunas ni siquiera dejaban entrar el sol en sus casas, quizá porque su alegría las amedrentaba. Dora Rosário salía a trabajar, enseñaba muebles antiguos y bibelots de época a los visitantes que traspasaban el umbral de la tienda, almorzaba en la barra de una cafetería o de cualquier bar, a veces se fumaba un cigarrillo después del café, pero cuando regresaba a última hora de la tarde era como si no hubiera salido de casa. Al cabo de diez años seguía vistiendo de luto, y con esas faldas anchas y largas que usaba y el zapato plano parecía más una monja de paisano que lo que era en realidad: una viuda profesional. El cigarrillo que a veces fumaba después de comer resultaba tan chocante en ella como los brazos blancos y suaves de ciertas ancianas a quienes la edad ha curtido y arrugado la cara y las manos. La gente se quedaba mirándola, en ocasiones con una sonrisa. Sin embargo, a Dora Rosário la traía sin cuidado, porque la imagen de Duarte la había acompañado desde bien temprano, había viajado con ella en el metro, había entrado

en casa a su lado. Era una imagen que había perdido buena parte de su intensidad. El tiempo la había erosionado, como es natural, pero tan despacio que a Dora Rosário apenas le preocupaba ese desgaste natural. La imagen duraría lo que tuviera que durar, no hacía falta más.